

significó, sobre todo, una voluntad de integración, un deseo de comprender su peculiaridad en el punto de convergencia y no de divergencia con sus semejantes y el mundo que le tocó vivir. No significó la pasividad que detectó en los héroes y heroínas de Joyce, Proust, Eliot y Virginia Woolf, encarnaciones de «una civilización que se caía en pedazos», porque de hecho la vida de Spender estuvo comprometida tanto en la Guerra Civil española como en la Segunda Mundial.

Ya que hablamos de historia, hay que mencionar la vinculación de Spender con el comunismo. Por un lado, buscó en él un sentimiento de «estar en lo justo acerca de cualquier cosa». Éste reforzó la inseguridad de su personalidad y le ayudó a culpar a su pasado a través de su clase, aunque percibía lo excesivo de la condena comunista que alcanzaba la más extrema individualidad. La burguesa, obviamente. Ahora bien, fue un comunista que creía en los valores liberales de libertad personal y amor a la verdad por encima de cualquier cosa. No tardaría, pues, en ver las contradicciones entre aquella ideología y estas aspiraciones. La Guerra Civil española fue un buen campo para poner a prueba sus convicciones. Las páginas que dedica a su participación junto con las fuerzas republicanas son una sátira penetrante. Las ideas generales se ven corregidas, negadas o afirmadas por los individuos, y no, como ocurre con toda ideología política que se justifica a sí misma más allá de sus encarnaciones perversas. En España y en 1937 conoce a Manuel Altolaguirre, con quien simpatizó enseguida, y conoció a los intelectuales que participaron en el Congreso de Escritores Antifascistas que, sin olvidar sus virtudes, le pareció que tenía algo de «Partido de los Niños Malcriados». Allí conoció al «grandioso y retórico Rafael Alberti», a José Bergamín, «dueño de una mente a un tiempo extravagante y definida», a Octavio Paz y a Elena Garro, su primera mujer, Julián Brenda y todos los demás. Spender no salía de su asombro porque comenzó a ver que los catalanes «consideraban a los valencianos fascistas» y todo el que no era catalán llamaba fascista a los catalanes. Es decir, comenzó a comprender o mejor a constatar la intrincada malla de odios e intolerancias que había desembocado en la Guerra Civil. Sobre la mitificación de la muerte de Lorca dice: los comunistas «canonizaban al poeta García Lorca asesinado por los franquistas, y al que estos mismos críticos habrían denunciado co-

mo un católico reaccionario, en caso de que hubiese sobrevivido». No se equivocó: la historia de la Unión Soviética abunda en ejemplos en este sentido.

Spender vuelve a su país, desencantado de su aventura a favor del bien, con mayor seguridad en sí mismo y más dudas sobre las respuestas totalizadoras. No es que no creyera en la lucha contra el fascismo, sino que comenzó a tener dudas más hondas sobre el comunismo. Pero vuelve para asistir al comienzo de otra guerra que puso en evidencia las débiles estructuras sobre las que se sustentaba la vida social, política y moral europea.

Aunque nos cuenta sus relaciones homosexuales primero y luego sus matrimonios, Spender no entra muy de lleno en su bisexualidad, o en el paso de la homosexualidad a la heterosexualidad, si es que ha sido así. Es un tema importante. Pero jamás nos confiesa sus pasiones, como si su afectividad estuviera diluida con el fin de paliar el dramatismo de lo único. Es una pena porque creo que nos hubiera dado algunas páginas interesantes. Sólo hay que leerle cuando comentando un poema sobre la amistad, de Po Chu-i, observa que lo que le impresiona es «la deriva del uno en la conciencia del otro cuando estaban juntos», para valorar su sensibilidad y capacidad de observación de lo que, en principio, es invisible.

Spender es un buen retratista. Ya he mencionado algunas de sus rápidas y lúcidas observaciones sobre algunos personajes de su tiempo. Extraigo ahora esta visión de T. S. Eliot: «Su aspecto era grave, un poco encorvado, aquilino, ceremonioso y tenía una mirada reservada, aunque benévola». En su conversación, «si escucho con atención más allá de la aridez del tema, surgirá un relámpago de poesía, como el ala de un alción en medio de la charla de un club». Magnífico, ¿no?

Obras completas. Rosalía de Castro. 2 vols. Biblioteca Castro, Ed. Turner, 1994

En estos dos volúmenes, editados por Marina Mayoral, acreditada conocedora de la poeta gallega, podemos encontrar la totalidad de la obra de Rosalía de Castro (poesía, narrativa, cartas, artículos y traducciones) siguiendo los criterios de esta biblioteca, elogiados, de no anotar los textos pero, sin embargo, de hacer un seguimiento primoroso de los manuscritos o, como en este caso, de

primeras ediciones o últimas realizadas en vida de la autora. Aunque en ocasiones las notas pudieran ser necesarias en esta u otra obra, está bien que haya ediciones no comentadas, que se presenten al lector como lo fueron en su primer día, puesto que su calidad de clásicas así lo indica: la capacidad de encarnar en tiempos distintos.

Rosalía de Castro fue un ejemplo de conciencia crítica frente a una sociedad que marginaba a la mujer de participar en grado de igualdad, cuando no meramente de participar; defendió también a la lengua gallega y lo hizo para siempre; tuvo conciencia social e intimidad. Su mirada fue doble: vio lo de fuera y lo de dentro y transformó esa pluralidad de miradas en una obra cuyos mayores logros, y por los cuales permanece viva en sus lectores, son *Follas Novas* y *A la orilla del Sar*.

¿Cómo leer hoy en día, a finales de este siglo cibernético, la saudade de Rosalía de Castro? No hay una sola lectura: desde la incardinación popular de *Follas Novas* a su ahondamiento en ocasiones metafísico, la crítica ha desplegado un mundo vario y verdadero, en ocasiones excesivamente cerca de la interpretación sincrónica de la historia de la literatura. Entre esas hojas cantadas y decantadas se divisa el horizonte en crisis de un mundo intelectual que va a desembocar en la generación del 98. Por otro lado, la oposición en Rosalía de Castro del paisaje castellano («D'o deserto fiel imaxe») al verde y misterioso campo gallego acentúa la conciencia del lugar, pero hay que afirmar que en ocasiones ese lugar no termina de habitarse: hay una Galicia más allá de Galicia, y su nostalgia, por ello mismo, se vuelve insondable, como es insondable muy pronto el cielo que su siglo, heredero de la razón crítica, transformó en un desierto para hacer libres a los hombres. Pronto se iba a ver que esa libertad estaba llena de máscaras y de resurrecciones perversas. Es muy conocido el poema en que Rosalía señala que «mi Dios cayó al abismo», y aunque posteriormente vuelve en ocasiones a la imagen teísta, es más un deseo desde la distancia que una revelación de la presencia. Soledad, tristeza, nostalgia, todo ello, aunque muchas veces se expresa en danzantes octosílabos que tratan de recoger y de dar calor a ese sentimiento sin límites, lo cierto es que esos tópicos del romanticismo tardío alcanzan un valor que podríamos llamar metafísico. Una metafísica que se mece o se preci-

pita, que, como muchos cantes andaluces, al cantar la pena parece celebrarla y al celebrar manifiesta la escisión. Si esa nostalgia del lugar hubiera encontrado su sitio, tal vez la poesía de la escritora gallega no hubiera llegado viva hasta nosotros, o tendría menos importancia. Pero el referente que el sentimiento de pérdida reclama o que el deseo invoca, es evasivo e insondable y esa inasibilidad conforma el poema, se constituye en una palabra donde se nos hace patente la distancia. Esta paradoja está latente en la poesía de la gran poeta gallega y revive en la lectura que se puede hacer hoy: es una palabra que trasciende la anécdota local a un lugar que ya no es ni Galicia ni la meseta castellana sino el poema mismo, un espacio que sin dejar de ser el mismo es siempre otro. Lugar de no llegar nunca, Rosalía es una tensión, en sus mejores momentos, entre su experiencia existencial y la conciencia del poema. Esa tensión es la salud de sus mejores poemas, contenidos en *Follas Novas* (1880) y *A la orilla del Sar* (1884).

Una lectura psicoanalítica, al tener en cuenta su biografía, tal vez podría señalar que esa nostalgia del lugar es una nostalgia de la legitimidad (Rosalía era hija natural de María Teresa de la Cruz de Castro y del presbítero José Martínez Viojo), pero eso no diría mucho de su obra; sin duda sí de la persona que escribe los versos, pero no de la «persona poética», esa máscara que es todo lo que queda cuando la obra alcanza ahistoricidad y busca una y otra vez temporalidad: presente. La búsqueda de Rosalía, incitada o no por esa sospecha, va más allá porque no es la anécdota que caracteriza al yo sino el gesto que dibuja a la persona, y ese trazo dibuja su universalidad, la hace analógica: a través de la imagen poética la fatalidad se trasciende, y en esa imagen, sea cual sea nuestra historia personal, podemos reconocernos.

George Orwell. Michael Shelden. Traducción de César Aira, Emecé Editores, Barcelona, 1993

George Orwell (pseudónimo de Eric Blair) tuvo una vida corta (1903-1950). Había nacido en Bengala (India), cosa poco excepcional para un inglés a principio de nuestro siglo. Sirvió en Birmania en la Policía Imperial india. Vivió en París, combatió con valor en la guerra civil es-

pañola durante seis meses en 1937, fue herido y volvió a su país. Pero las guerras no terminaban y trató de hacer lo que pudo (tenía unos pulmones débiles que acortaron su vida) frente al nazismo en la segunda guerra mundial. Se casó dos veces, aunque el segundo matrimonio no fue del todo real, quiero decir que se llevó a cabo cuando estaba ya en el lecho mortuario, ese camino de nadie. Además, Sonia Brownell, como muestra Shelden en esta biografía, se casó con él para administrar su herencia, cosa que hizo con no poca competencia. Nos dejó una obra valiosa, singular; esencialmente dos novelas: *Rebelión en la granja* (que, por cierto, fue rechazada por T. S. Eliot) y *1984*; como reportero y ensayista político, *Homenaje a Cataluña* sigue siendo un libro que supera lo meramente testimonial. Orwell vio antes que muchos el signo que trazaba el comunismo en nuestro siglo. Criticó a los socialistas de su tiempo, que para él formaban una «academia de materialistas dialécticos» perseguidora de desviacionismos, y vio como pocos el horror del totalitarismo ruso. Vio el horror con horror y lo denunció con valor y lucidez.

El libro de Shelden es exhaustivo y ha contribuido a aclarar puntos oscuros de su biografía, ha descubierto documentos de importancia y narrado su vida con penetración, aunque este tipo de biografías, por regla general, están lejos de ser amenas: la documentación a veces se resiste a ser narrativa y, en ocasiones, hay que decirlo también, la vida misma se niega a la narración. Una vida no siempre es una novela, pero un libro, siempre es un libro.

¿Quién fue Orwell? A juzgar por sus libros (al fin y al cabo, el pseudónimo nos posibilita aún más que lo consideremos el resultado de una obra) fue un escritor obsesionado por la política, pero que no abandonó nunca la perspectiva de querer «transformar en arte la literatura política». Y lo consiguió: la sátira del totalitarismo, en *Family farm*, está más allá de las fechas y de las anécdotas de esta a aquella política totalitaria: ha conseguido serlo de todas. Cyril Connolly afirmó que «Orwell era un animal político», «no podía sonarse la nariz sin moralizar sobre las condiciones de la industria de los pañuelos». Y Stephen Spender (otro escritor que también estuvo en la guerra civil española y salió escaldado por lo que vio) dijo de él en 1988 a Michael Shelden: «recuerdo aquella voz que sonaba como el crepitar

de la lluvia. Escuchar uno de los monólogos orwellianos, con todas sus incoherentes especulaciones, era en cierto modo una experiencia muy inglesa. Oír su monótona voz era como ir por la calle escuchando la lluvia». Oigamos ahora a Anthony Powell: Orwell «era una de las personas más deliciosas del mundo para hablar de libros» y éstos, más que la política, eran su verdadera pasión. Animal político y literario, amaba también los oficios manuales. No sintió atracción por la filosofía (fue amigo de A. J. Ayer, pero no se interesó por sus ideas) pero sí por las lenguas, para las que tenía una extrema facilidad de aprendizaje. Es obvio que no le interesaban los sistemas sino la realidad inmediata y el sentido común, sin que yo quiera decir con esto que ambas cosas son fáciles o no filosóficas...

Orwell vino a España a principios de 1937 y luchó en Cataluña del lado de la república. Vino a España con una idea simple de lo que significaba la guerra civil: una lucha contra el fascismo. No había pensado en participar en la contienda como soldado, ya que no se consideraba capacitado, pero no tardó en darse cuenta de que la inmensa mayoría de los milicianos estaban mucho menos capacitados que él. Se afilió al POUM de manera mecánica, y pronto comenzó a ver que la guerra civil española no era un frente contra otro sino que se parecía más a una guerra de todos contra todos. Un conocimiento mayor de los años de la república le hubiera ayudado a comprender las intolerancias virulentas entre anarquistas, comunistas, socialistas, conservadores, etc. Orwell vino a luchar «simplemente, por la dignidad humana» y encontró una plaga de siglas: PSUC, POUM, FAI, CNT, UGT, JCI, JSU, AIT. El Frente Popular era, en esencia, «una alianza de enemigos», y los comunistas no le parecían una fuerza revolucionaria. Por entonces, Orwell desconfiaba de la democracia burguesa, del liberalismo y del capitalismo. No le faltaban algunas razones, ya que no eran lo mismo que hoy en día, y tendía hacia un obrerismo en el que no sería demasiado arriesgado ver una cierta autohumillación de clase. La clase a la que él mismo había pertenecido. Hay en su biografía algún rasgo importante que permite pensar esto: el tiempo en que disfrazado de mendigo se hacía pasar por uno de ellos con el pretexto de conocerlo mejor para poder escribir sobre la marginalidad londinense. Pero sus posibles causas psicológicas no reducen sus ideas: